

manos? Lo que ha de ser mañana que sea de una vez.

EL MISMO.”

La contestaron así con el mismo laconismo.

“SR. DON GIL GOMEZ.

Muy señor mio y de todo mi aprecio. Pues siempre me resuelvo que “sí” pero no se lo vaya vd. á decir á nadie porque donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

QUIEN DE VERAS LO QUIERE.”

Gil Gomez, volvió á escribir esta carta á fin de romper aquellos prosaicos amoríos.

“SEÑORITA DOÑA MANUELA.

Pues si deveras me quiere vd., deme una prenda como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, ó lo que fuere mas de su gusto. Cuando veo á vd. todo mi corazón late, porque me parece que veo á la burra de Balaam.

EL DE SIEMPRE.”

Esta galanteria, nada debió agradar á la señorita Manuela, que por ignorante que fuese siempre conocia el *simile*, pues ya no volvió á presentarse

en la ventana á las horas que pasaba Gil Gomez ni á aceptar ninguna carta suya.

Gil Gomez por otra parte que no tenia por norma la constancia, en vez de llorar aquel desvío repentino se rió de él y no volvió á pensar mas en la señorita Manuela.

Así acabaron al nacer estos poco espirituales amores.

CAPITULO V.

Un despacho del virey Venegas.

—¡Diablo! repito que te vendría á las mil maravillas un uniforme de teniente, en los dragones de la reina, sobrino Fernando: dijo una mañana el brigadier Don Rafael, que durante los cuatro dias que habian trascurido desde su llegada á la casa de su hermano, no habia hecho otra cosa que pasear, cazar y armar gresca todo el dia en compañía de Gil Gomez á quien habia tomado una fuerte afición; ¿Qué dices tu de eso? Estevan.

—Me alegraría demasiado, que el pobre Fernando, en vez de consumirse aquí en el tedio y la melancolía, disfrutase algo y conociese un poco el mundo, pues al fin mientras yo viva no tiene otra cosa en que pensar, respondió Don Estevan, á quien lisonjeaba la idea de que su hijo alcanzase un grado, que en aquella época valia tanto como hoy un generalato.

—¿Qué dices tu de eso, sobrino?

—Daria yo gusto á mi padre, respondió Fernan-

do, que por mucho que sintiera abandonar á Clemencia, no podia menos de lisonjearse, como todos los jóvenes, con una distincion que era tan honorífica en aquella época.

—¿Y si supieras continuó el brigadier, que ese soldado uno de los asistentes que me acompañaban y que ha partido al dia siguiente de mi llegada á esta aldea, ha conducido á Jalapa, una carta dirigida al Sr. virey Don Francisco Javier Venegas?

—¿Porqué?

—¿Y si pudieras adivinar lo que contenia esa carta?

—Ciertamente que no es muy fácil, dijo Fernando.

—Pues mira, voy á decírtelo en dos palabras, prosiguió el brigadier: El dia en que he llegado, en que he vuelto á ver á mi querido hermano despues de una ausencia de treinta años, me he sentido rejuvenecer, he creido volver á los dias felices de otra edad y me he puesto á pensar, de qué manera recompensaria, el placer que me ha causado esa visita; diciendo para mis adentros: Vamos, Rafael ya que no tienes otro bien que una espada, siempre desenvainada en defensa de la justicia y la buena causa, ya que no puedes en nada favorecer á tu querido hermano Estevan, puesto que él es diez mil veces mas rico que tu, haz á lo menos algo por tu sobrino, ese bello muchacho Fernando, tan simpático y de una figura tan interesante, alguna de esas cosas que no siempre se consiguen con dinero y que al mismo tiempo alhagan tanto á la juventud; despues he pedido á ese locuelo de Gil Gomez, papel y plumas, he subido á su cuartito, y he escrito una carta al señor, virey, incluyendo dentro

de esa carta ¿á qué no adivinas que cosa? sobrino mio.

—No, ciertamente.

—Un despacho en toda forma, de teniente en el mejor cuerpo que hay ahora, segun noticias en la Nueva-España, el de dragones de la reina.

—¿Y en favor de quién era ese despacho? preguntó Fernando con una ansiedad, que ciertamente no se podrá decir á primera vista, si era causada mas por el sentimiento que por la alegría.

—¿Cómo! ¿aun no adivinas? preguntó el brigadier.

—¡Ah! sí, ya comienzo á entender, murmuró el jóven en voz baja.

—Pues eso es, á favor del jóven Don Fernando de Gomez, cuyo buen nacimiento, escelente conducta, buena presencia, cortesias modales, &c. &c. se han anunciado en la carta solicitud, que firmó su tío, el brigadier Don Rafael de Gomez.

—¿De manera que esa carta? murmuró Fernando.

—De manera que esa carta y ese despacho deben haber sido leidos ya por el señor virey, que al momento pondrá su firma al pié del segundo, y como el conductor va advertido de que son papeles interesantes, cuya contestacion importa demasiado, acaso á estas horas ya haya salido de Jalapa para volver aquí.

—Pero acaso el virey se niegue á firmar ese despacho, así sin ninguna fórmula, con solo una solicitud, que ni el mismo solicitante ha presentado, observó Don Estevan.

—El señor virey Venegas, nada negará al hombre que ninguna gracia le ha pedido, todavía, á pe-

sar de sus ofrecimientos, y mas cuando ese hombre le ha salvado la vida en la malograda batalla de Almonacid, libertándole del furor de los soldados de Sebastiani, cuando todos los generales y hombres que le rodeaban, habian huido cobardemente, dejándole aislado á los esfuerzos de la compañía del capitán Don Rafael de Gomez, que protegió su retirada por un estrecho, en el que indudablemente habria perecido sin ese auxilio á manos de los rabiosos soldados franceses, que le perseguian, dijo el brigadier con ese orgullo del militar honrado y valiente, que sin jactarse de los servicios prestados á sus gefes, ni hacer mérito de ellos, los recuerda sin embargo, cuando se presenta la ocasion.

Fernando permanecia silencioso.

—Vamos, ven á mis brazos, sobrino querido, continuó el brigadier jovialmente, estrechando al jóven con efusion en sus brazos. Ya verás, partiremos juntos, y al mes de haber permanecido por mera fórmula en las milicias, serás nombrado oficial de la corte del señor virey y entonces vivirás á mi lado, te cuidaré como á un niño, serás el oficial mas elegante y mas mimado de la corte, suspirarán por tí las damas y de tiempo en tiempo, vendremos á pasar algunas semanas en la hacienda; cada vez que vuelvas, vendrás con una graduacion mas. ¡Bravo! viva la vida de militar, que por mas que digan es lo mejor que hay.

Los tristes pensamientos que Fernando habia experimentado, al sentimiento de una separacion de Clemencia, se disiparon al aspecto de aquel porvenir tan brillante, tan color de rosa que su tío le presentaba: despues en su corazon de amante, habia tambien encontrado siempre un eco la vanidad

y la ambicion del hombre. Además, ¿acaso perdía á Clemencia? por el contrario, luchando con las seducciones del mundo, iba á hacerse mas digno de ella, en pocos años adquiriria un nombre, distinciones, méritos que poner á sus piés y entonces se uniria á ella para no volverse á separar mas: la ausencia encenderia y avivaria mas el fuego de su pasion, que tal vez la costumbre, y las pocas dificultades, podrian llegar á entibiar, si no á apagar completamente.

Así pensó Fernando.

¡Dulce privilegio de la juventud, que entre cien esperanzas alhagadoras, que le sonrien á la vez, bien puede dejar perder una, segura que antes que las espinas del desengaño, lastimen su planta, todavía encontrará muchas floress en el camino de la vida!

—¿Qué pasó aquella noche entre Fernando y Clemencia?

¡Quién sabe! Nosotros no podemos decir mas, que la niña entró llorando á su habitacion, y que Fernando y Gil Gomez volvieron á la hacienda á las dos de la mañana, es decir; dos horas mas tarde de lo que acostumbraban hacerlo en las citas en el jardin del doctor.

En la mañana del 3 de Setiembre, es decir dos dias despues de la conversacion que hemos referido, se oyeron en el patio de la hacienda las pisadas de un caballo, que entraba precipitadamente, y el ruido de un sable sobre las lozas.

Don Rafael, al ruido aquel, que tan bien conocia salió á los corredores, y vió apearse del caballo al soldado que hacia solo tres dias habia enviado á Jalapa con la carta al virey, y que sin desmontar

al animal, subió, sudoroso y pálido por la precipitación y la fatiga, y puso violentamente en sus manos un pliego que estrajo de su piqueta donde parecía haberlo ocultado.

Don Rafael le tomó, con violencia. Decía el sobre:

“Al señor brigadier de las milicias de la Nueva-España Don Rafael de Gomez.—[*Urgente.*]

“Rompió el sello y al leer en el primer renglon “*Reservada*” dejó al soldado que casi próximo á desmayarse esperaba de pié y descubierto delante de su gefe.

—Retírate un momento á descansar; pero, ¿cuando has salido de Jalapa?

—Ayer en la tarde, respondió el soldado; pero he corrido noche y dia sin parar.

—¿Por qué?

—Porque el mismo señor virey, ha hablado conmigo y me ha dicho que importaba que su merced, leyese ese pliego lo mas pronto posible.

—Está bien, ve á descansar, dijo Don Rafael retirándose á su habitacion, y cerrando la puerta por dentro, se acercó á la ventana, separó despues de haberlo recorrido ligeramente, el segundo pliego que dentro el papel venia, y leyó lo siguiente:

“Muy estimado señor brigadier:

Por los señores Don Juan Antonio Yandiola y Don José Luyando he tenido aviso de la conspiracion que ha sido descubierta en Querétaro y en la cual está interesado el corregidor Dominguez y algunas otras personas influyentes: parece ademas que esa conjuracion tiene ramificaciones estensas en las

provincias de Guanajuato y Querétaro y mucho me temo un alzamiento en toda la Nueva-España. En mal tiempo hemos llegado á este país, pero ya no hay mas que luchar con las circunstancias y vencerlas si es posible. Yo estoy resuelto á todo y en este mismo instante salgo de esta ciudad, para ponerme de acuerdo en Puebla de los Angeles con el señor intendente Flon. Pero como no tengo ninguna confianza en las personas que me rodean, desearia mi amado brigadier que me sacrificáseis, como tantas veces lo habeis hecho, el tiempo de descanso que os he concedido y que os uniéscis á mí, antes de llegar á la capital, adonde me debo encontrar del 13 al 14 de este mes. Quiero tener á mi lado en circunstancias tan difíciles á un militar tan leal y tan valiente como vos. En cuanto al despacho para vuestro sobrino, ya va firmado como veis, solo algunas semanas hará su noviciado en las milicias, y despues le haré venir á formar parte de mi guardia de honor; pero para que no se califique este acto de favoritismo, haced que al momento se dirija á su destino que segun me han informado es en San Miguel el Grande, en la provincia de Guanajuato, en la compañía de guarnicion, que está á las órdenes del capitán Don Miguel Allende, á quien se deberá presentar con su despacho y á quien en este momento se libran las órdenes convenientes.

“Jalapa, 1810.

“FRANCISCO JAVIER DE VENEGAS.”

Al acabar de leer el brigadier la carta del virey, la guardó con precaucion, tomó el despacho de su

sobrino y salió al corredor. El soldado, que los habia conducido, no habia tenido fuerzas mas que para descender la escalera y dejarse caer en un corredor del piso bajo, donde dormia profundamente; su compañero desensillaba su fatigado caballo.

¡Oía, cabo! llama á uno de los mozos de la hacienda, para que cuide de ese animal, y tú en el momento ensilla mi caballo y el tuyo, pon á la grupa mi maleta, pero todo como un rayo, porque dentro de un cuarto de hora partimos. En cuanto á ese soldado, dijo Don Rafael, le dejarás dicho que luego que haya descansado parta á unirse con nosotros en México.

—Esta muy bien, mi gefe, dijo el soldado, corriendo á ejecutar lo que se le mandaba.

Don Estevan, Fernando y Gil Gomez, habian salido al ruido á los corredores.

—¿Cómo, porqué vas á partir? dijo Don Estevan, que habia escuchado la órdenes de su hermano.

—¡Hermano mio! los dos meses se convirtieron en cuatro dias; pero ese soldado me ha traído una carta del señor virey, en la cual me ordena que parta inmediatamente á unirme con él. Ya lo ves, sobrino, como era cierto cuanto te habia dicho, continuó el brigadier, poniendo en manos de Fernando, el despacho que dentro de la carta habia venido.

Mientras que Fernando y Gil Gomez leian el despacho, Don Estevan preguntó á su hermano.

—¿Por que causa quiere el señor virey tenerte á su lado?

—¿No te lo habia dicho ya? Estevan, respondió el brigadier en voz baja, se ha descubierto una

conspiracion en Querétaro y el señor virey temé tambien un alzamiento en todo el país.

—Dios nos valga, exclamó el hacendado.

—Siento que Fernando entre á la milicia bajo estas circunstancias; pero en el último caso yo conseguiré su retiro como he conseguido su nombramiento. Además el señor virey me dice que para que forme pronto parte de su guardia de honor, es necesario que inmediatamente se dirija á San Miguel el Grande, donde es su deseo que solo permanezca unas semanas, para salvar las apariencias y acallar la maledicencia; de manera que ya que no puede ir conmigo en este momento, haz que parta mañana mismo ó pasado.

—¡Oh! exclamó Don Estevan, luego que Fernando esté á tu lado en México, ya nada temeré por él, porque tú lo cuidarás mucho, ¿no es verdad?

—Como á un hijo, acaso mas que tú, respondió el brigadier enternecido, y luego para disimular su emocion, continuó dirigiéndose á Fernando.

—Conque, ¿qué dices tú, de eso? sobrino.

—Está muy bien tio mio, y ¿cuando debo partir? dijo Fernando.

—Mañana mismo te dirigirás á San Miguel el grande en la provincia de Guanajuato, y entregarás ese despacho á . . . ¿á quién? dijo el brigadier, abriendo la carta del virey para volver á leer el nombre en ella designado, al capitan Don Miguel de Allende, á cuya compañía vas destinado, por un poco de tiempo, despues yo te escribiré cuando el señor virey determine que vayas á nuestro lado.

Fernando apuntó en un papel, el nombre del

pueblo y el del militar, y guardó cuidadosamente su despacho.

—Pues ahora, dijo el brigadier, con un acento jovial para ocultar la emocion, ahora hermano mio; quién sabe hasta cuando nos volvamos á ver! ¡quién sabe lo que va á pasar en este pais; yo Méxicano por nacimiento y por afecciones de familia, Español por costumbre y por gratitud, me encuentro en una posicion harto aflictiva; pero de cualquier manera, mi espada no se desenvainará sino para defender la buena causa, la causa de la justicia y del honor y creo que nuestro cariño nunca se debilitará por rencores de partido, ¿no es verdad? Estevan.

El hacendado no respondió, y los dos hermanos se abrazaron en silencio conteniendo los sollozos que estaban á punto de estallar.

El asistente subió á avisar que ya todo estaba pronto.

Don Rafael se desprendió de los brazos de su hermano, estrechó igualmente entre los suyos á Fernando, recomendándole el cumplimiento en el servicio y sobre todo, su pronta partida y luego dirigiéndose á Gil Gomez, le dijo:

—Amiguito, mil gracias por las compañías y los buenos consejos de cacería, no sé porqué me parece que nos hemos de volver á ver, muy pronto; pero de todos modos, estreche vd. esta mano y cuente conmigo para siempre.

—Mil gracias, señor brigadier, dijo Gil Gomez.

—Pues ahora ¡hasta otra vista!

—¡Adios! respondieron todos.

Y cinco minutos despues, el brigadier y su asistente, galopaban en direccion á la capital de Nueva-España.

—¡Qué franco y que valiente, de buena gana, combatiría yo bajo sus órdenes! exclamó Gil Gomez entusiasmado.

—Si tu amaras como yo, dijo Fernando en voz baja, no seria tan grande tu alegría.

Aquella tarde, mientras que Fernando, disponia con una triste lentitud, los preparativos de su viaje, mientras que Gil Gomez, se paseaba por los corredores de la hacienda triste y pensativo, a caso por vez primera en su vida. Don Estevan se dirigia á la casa del Doctor Fergus, llamaba á la puerta de su estudio y despues de haberse saludado cordialmente y tomado asiento, se entablaba entre ambos el siguiente diálogo.

—Doctor, dispenseme vd. que lo interrumpa en sus estudios, viniéndole á visitar á una hora no acostumbrada entre nosotros.

—Nunca interrumpes ni es molesto un amigo como vd., señor Don Estevan.

—Además esta visita, tiene mucho de negocio, Doctor.

—Me alegraría de poder servir á vd. en algo, mi querido amigo.

—Mi hijo Fernando, parte mañana á San Miguel el Grande, al ejército donde va destinado, dijo Don Estevan.

El doctor Fergus, miró fijamente á su amigo y su mirada de costumbre radiosa é inteligente, se veló con una nube de tristeza, como padre temió por su hija, como filósofo y observador del corazon humano, sabia lo que es una ausencia en materia de amor, y como hombre, sabia que la muger lleva la peor parte en esas separaciones; pero como caballero y hombre de honor, no quiso hacer com-

prender aún á su mejor amigo, que aquellos pensamientos habian cruzado por su mente y se limitó á decir con un acento en el que mal se ocultaba el desconsuelo.

—¡Ah! ¿conque Fernando parte mañana?

—Sí, doctor, ya vd. ve que ha cumplido veintiun años y que teniendo algunos recursos con que poder vivir descansadamente el resto de su vida, aun cuando yo le falte, es necesario que deje esta vida casi ociosa que aquí lleva, que se enseñe á luchar con las circunstancias, á sufrir un poco, en fin es necesario que adquiera algun mundo, que sea menos niño, para no poder ser engañado con tanta facilidad el dia que se encuentre ya sin mi consejo.

—Mal consejero es el mundo para un jóven de veinte años, separado del hogar paterno, observó el doctor.

—Pero reflexione vd. amigo querido, que si yo faltase de un dia á otro como es necesario que suceda, ¿qué seria de ese niño, dueño de algunos intereses ciego al deslumbramiento de la pompa del mundo, no sabiendo cerrar sus oidos á los sonidos engañosos de la adulacion y de pasiones interesadas? ¿no cree vd. acaso que se lanzaria ávido á gozar de esos alhagüenos placeres, cuyas delicias nunca probadas tanto le brindaban? ¿que teniendo en sus manos el medio de comprar goces que no conocia, en un instante dilapidaría su patrimonio en la prostitucion para caer despues en la degradacion y la miseria?

Yo he observado ese resultado en todos los jóvenes que han quedado entregados á esas circunstancias.

El doctor iba tal vez á desvanecer este segundo argumento; pero se detuvo, por temor de hacer

creer que el interés de su hija le movia á ello y solo dijo:

—En fin, vd. como padre sabe mejor que yo lo que debe hacer, pero....

—No prosiga vd., Doctor, ya comprendo todos sus justos temores, Fernando y Clemencia se aman.

—Eso no es un secreto para nosotros, amigo mio.

—Usted, teme y con razon por su hija, doctor.

—Me ha evitado vd. la pena de decirlo.

—Pues ¿que piensa vd. de esta partida?

—Creo que hasta cierto punto es necesaria; pero auguro mal de ella.

—¿Porque?

—Por la esperiencia, tal vez por un presentimiento; pero no creo que á un simple presentimiento se le dé tanta importancia cuando se trata acaso de la felicidad de un hombre.

—¿No cree vd. doctor, que tres ó cuatro años de ausencia avivarán mas el fuego de esa pasion?

—¿Me pide vd. francamente mi opinion? Don Estevan.

—Francamente.

—Pues bien; creo, que ese amor morirá con la ausencia.

—¡Oh! ¡Dios no lo quiera!

—Creo que esa muerte será en mal de mi pobre hija, Fernando, ademas de ser hombre, va á encontrar nuevos objetos, á recibir nuevas impresiones, á contraer tal vez nuevos afectos; pero Clemencia es muger y se queda aquí aislada con sus recuerdos, que se avivarán mas y mas con la contemplacion de los mismos objetos, se queda aislada

sin que su pasión imposible se borre por otras impresiones.

—Pienso que son algo infundados los temores de vd., doctor.

—Permítalo el cielo.

—Hagamos entonces otra cosa.

—¿Cuál?

—Si esa niña Clemencia, sufre demasiado como vd. lo cree, esa ausencia cesará y mi hijo se vendrá á unir á ella, tal vez antes del tiempo en que ese matrimonio debia haberse verificado, con lo cual habrán ganado ellos y nosotros tambien.

—Es el único recurso que queda. ¿Me da vd. palabra de que así lo hará? Don Estevan.

—Palabra de caballero, doctor.

—Está bien, esa promesa me consuela un poco.

Y despues de haber conversado otro rato de diversos asuntos, los dos amigos se despidieron cordialmente, prometiendo volverse á ver muy pronto.

—¡Oh! dijo el doctor, dejándose caer abatido en su sillón, despues de haber acompañado á Don Estevan hasta la puerta. ¡Necia humanidad! ¡á la calma del placer le llamas ociosidad, te hastia que los pesares del mundo no hayan desgarrado tu corazón, dejas el fértil vergel y corres alegre á precipitarte en el abismo!

¡Miseria humanidad! ¡Mal te comprendes todavía!

CAPITULO VI.

¡Adios!

Si el lector tiene buena memoria, recordará que hemos dejado en el capítulo primero á Gil Gomez, despues de haber vencido á Leal en lucha de astucia, corriendo á dar parte á Fernando del resultado de su misiva.

Era la media noche: la luna despues de haber luchado durante algun tiempo con las nubes que intentaban velar su brillo, habia aparecido por fin, fulgorosa y radiante, iluminando con su cuanto pálida, suavísima luz, la estension de los silenciosos campos de San Roque: Fernando y Gil Gomez, despues de haber descendido del ventanillo del aposento del último, salvaron con precaucion la pequeña tapia que limitaba el jardín de la casa de Clemencia, y se deslizaron sin hacer el menor ruido hasta una especie de senador ó mas bien invernadero que el doctor habia hecho construir allí. Mas de un cuarto de hora, esperaron sombríos, preocupados, sin hablarse una palabra hasta que por fin Fernando interrumpió el silencio, diciendo á Gil Gomez.

—Son cerca de las doce y media, ¿qué habrá sucedido á esa pobre niña?

—Acaso le sea imposible salir al jardín todavía, respondió Gil Gomez.

—¿Dices que le has entregado mi carta en su propia mano?

—Por supuesto, y por cierto que con algun trabajo.